

se sabe de lo mucho que se opina y de lo infinito que se ignora. Pero á fin de que las pocas verdades que se saben se graben mejor en su memoria, haré venir mi gabinete ó mi colección de instrumentos y con ellos les haré ver los verdaderos fenómenos que la experiencia ha revelado á nuestra curiosidad.

También les daré una instrucción mas extendida de los elementos de la óptica, para que se formen una justa idea de la transformación de las sustancias y de la utilidad que han sacado las artes de la disolución de las materias, y les enseñaré con mas individualidad la geografía, así para que conozcan la casa en que habitan como para que puedan entender la historia cuando llegue el caso de que leamos juntos.

Pero en lo que procuraré detenerlos mucho es en la observación del cielo y en el estudio de la astronomía. Esta ciencia, que trae consigo tanto atractivo y embellece, es tambien la que mas contribuye á divisar de algun modo la grandeza, la magnificencia y la inmensidad del Criador. Esos innumerables globos colgados en la esfera, esos astros brillantes que los telescopios multiplican á medida que se perfeccionan, esos orbes casi sin término á que el telescopio no alcanza y que la razón supone por analogía, ¿quién los divisa sin llenarse de admiración y de espanto?

¿Quién levantando los ojos á la esfera y contemplando en el incomparable espacio tantos globos celestes almirados por tales sin número, no reconocerá su pequeñez y su mi-

serial. ¿Qué hombre no se sumergirá en su nada, y quién, en fin, se apartará á los bienes de la tierra cuando ve en la grandeza de los cielos un indicio de la magnificencia que no puede ver, pero que puede esperar?

Si, Antonio. Nada hay en este bajo mundo que pueda darnos alguna idea de su autor, como la inmensidad de estas grandiosas obras de su poderoso mano. Yo espero divertirllos, interesarlos y ocuparlos mucho con ellas. Sobre todo, espero conservar en su corazón el amor y el temor, el respeto y la gratitud que se debe á un Dios tan poderoso, tan magnífico y liberal con sus criaturas. Espero tambien hacerles concebir cuántos bienes prepara á la virtud el que después de hacernos ver tan grandes cosas, nos dios que reserva en su mansion para sus escogidos lo que los ojos no han visto ni han escuchado los oidos.

Estas son las ocupaciones que he mos proyectado conducirlos al día en que fijen su destino y deban gobernarse ya por sus propios consejos. ¡Dichoso yo si puedo contribuir á su felicidad y que la propaguen á los hijos que tendrán! ¡mas dichoso si logro que salgan de mis manos tan puros é inocentes como entraron! ¡mil veces mas dichoso si Dios, á quien consagro mis deseos y de quien temo los auxilios, se digna de aceptar este pequeño sacrificio.

Esta carta es ya tan larga, que no me atrevo á continuarla, y con todo, no he podido hablarte en ellas mas que de los hijos. En mi primera te hablaré del padre. Adios, querido Antonio.

## CARTA XXXVII.

MARIANO A ANTONIO.

Antonio mio voy á continuar mi relacion, y como te prometí en mi última, á hablarte del padre. Ya te acordarás que cuando te encaminabas á la América y me trajiste aquí, la primera cosa que te dió en rostro fué la miseria de este lugar. Yo me acuerdo de que tú viendo este espectáculo horrible, me dijiste que aunque por desgracia muchos de los lugares de España en ciertas provincias eran infelices y miserables, no habias visto ninguno que lo fuese tanto, y no podias concebir cómo se toleraba que una sociedad de hombres viviese con tan poca política y aseo, y asíadiste que este degradaba la humanidad.

En efecto, las casas por la mayor parte eran asperosas y amenazaban ruina; tan bajas que no se podía estar en pie, tan hondas que el agua no podía salir y estaban siempre húmedas; sus ventanas eran tan pequeñas, que el aire no podía circular. Así los salos de aquellos miserables, lejos de servir de reparo á sus fatigas, eran un impedimento. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, tan llenas de infección, que no extráñamos que la salud, la robustez y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Cono-

bimos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho ver tantas gentes que con el aspecto de hambrientos y con el horror de la desnudez, nos presentaban el de la mas lamentable indigencia. Tú partiste y yo quedé consternado considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el cielo.

Mi corazón se afligió mas cuando habiéndome ido á buscar al cura, lo encontré en una iglesia oscura, húmeda, triste, desahogada, y que apenas presentaba un lugar decente para ofrecer el sacrificio, y así las vestiduras como los vasos del culto me parecieron muy pobres. No pudo contarme al cura la pena que me causaba este espectáculo. El me manifestó la suya, y me dijo que esto lo atormentaba en sus vestidos de hombre, otros tantos de mujer y cuatrocientos de muchachos, y los habia dado al cura para que los distribuyese entre los mas desdichados. Todos asistieron vestidos ya con decencia á nuestra misa, y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta, que fué muy alegre sin dejar de ser devota. Parecía que todas aquellas gentes habian adquirido un espíritu nuevo, que se hallaban gozosa de verse con una iglesia mas espacio-

ni escuchaba nada que no me entriese de luto el corazón. Lo único que me consoló fué el mismo cura, que me pareció en su aspecto y discursos hombre sensato y religioso, de mucho juicio y grande instrucción. La experiencia nos ha hecho conocer después su prudencia, madurez y virtud.

Desde que volvió mi amigo le di parte de mis tristes observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú, y la primera impresion que me hizo fué tan melancólica como la que tú experimentas; pero una reflexion me ha calmado, y espero que produzca el mismo efecto en tí. Yo me dije: pues Dios me trae á este lugar que parece desahogado y me da los medios de poder remediarlo, sin duda que me hace venir para que sea el reparador de tantos males. Va aquí pues la vocacion de mi vida, ve aquí el destino que me explica el cielo; tú puedes decirlo tu mismo, y en vez de gemir sobre tantas miserias, trabajemos para remediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero haremos lo que podamos, y se puede conseguir mucho con la protección del cielo, y cuando se va despacio y con madurez. Hagamos cuanto sea posible, pero que sea sin fausto ni ostentacion. Empecemos por hablar con el cura y ponernos de acuerdo con él. Estoy informado de que en la ciudad vecina hay un buen arquitecto; le haremos venir, le pediremos que nos haga un plan en que nos proponga los medios de extender, aclarar y hacer sana la iglesia, y nos podamos servir de su talento para concluir esta obra.

Paliremos al cura que vaya á la ciudad, que compre todos los ornamentos y vasos que lo parezcan necesarios para la decencia y majestad del culto, y en breve todo esto puede estar reparado. Que estas sean nuestras primeras ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hombres que ha traído aquí el cielo para ser los padres de este pueblo. Yo seria reo de toda la miseria que pudiera haber aquí si no la remediará. Dios me impuso esta obligacion dándome tantas tierras y derechos, y ahora me la renueva haciéndome vivir con estas gentes: todos los pobres son mis hijos y van á ser objetos de mi soledad. Empecemos pues por ellos, pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudí ideas tan cristianas. Vino el arquitecto, se proyectó el plan, se emprendió la obra. La iglesia se agrandó, se aclaró y adornó. El cura trajo de la ciudad lo que encontró mas propio para servir á los usos del culto, y cuando todo estuvo pronto hicimos para bendecir y abrir la iglesia una funcion devota, en que yo dije la misa y el cura nos predicó un sermón. Este sermón acabó de darnos una idea digna del mérito de nuestro pastor, pues nos predicó con la simplicidad que correspondia al auditorio, pero con toda la pureza y elevacion que pide el Evangelio y con la tierna y religiosa union de un corazón devoto y penetrado.

Mi amigo habia mandado hacer para aquel día doscientos vestidos de hombre, otros tantos de mujer y cuatrocientos de muchachos, y los habia dado al cura para que los distribuyese entre los mas desdichados. Todos asistieron vestidos ya con decencia á nuestra misa, y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta, que fué muy alegre sin dejar de ser devota. Parecía que todas aquellas gentes habian adquirido un espíritu nuevo, que se hallaban gozosa de verse con una iglesia mas espacio-

sa y elevada, en que ya no temian infección ni humedad, en que se veia mas luz, se respiraba mejor aire y se adoraba á Dios con mas decencia.

Para acabar de una vez este asunto te diré, aunque sea adelantando las épocas, que una de las cosas que nos afligieron mas, fué que entrando un día en la escuela, no vimos en ella mas que un solo número de muchachos á quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció muy extraño que en un lugar en donde habia tantos muchachos hubiese tan pocos que quisieran aprender los rudimentos mas necesarios; pero lo que nos afligió mas que todo fué ver al maestro, que conocimos era un idiota que apenas sabia leer, menos escribir, y que solo sabia la doctrina cristiana por rutina, sin entenderla.

El cura que nos acompañaba nos dijo: que en el lugar no habia otro ni podía haberlo, porque no era posible proporcionar á un maestro que fuera capaz de enseñar bien un salario competente con que poder subsistir; que esto probaba que era una gran parte de los padres eran tan pobres, que si siquiera podian pagar la módica retribucion acostumbrada; que otro gran número que pudiera pagarla, siendo ignorantes ellos mismos y no conociendo la importancia de esta instruccion, se desahucaban de enviar á sus hijos y preferían ocuparlos en cosas que creian mas útiles que estando la escuela desierta no era posible pagar un maestro, y que si el señor hacia esto era porque no podia vivir de otra manera, y que mejor era aquello que nada, y aun así se veia continuamente precisado á socorrerlo.

Con este motivo nos contó que el año antecedente habia venido al lugar un hombre nacido en el lugar mismo, pero que habiéndose criado en la capital, se habia instruido bien y era un maestro excelente; que estaba en estado de enseñar bien á leer, escribir y contar, y á mas muy bien enterado en la doctrina cristiana, y capaz de enseñarla con perfeccion; que habia hecho cuanto era posible para desahucarle y que tomase la escuela del lugar á su cargo; que el mismo maestro lo deseaba, porque tenia en él sus parientes y amigos; pero que habian visto que era impropio, porque el abandono general de la escuela y la incuria de los padres imposibilitaba su subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta mas pena, nos añadió el cura, porque yo hubiera encontrado en este hombre lo que hubiera satisfecho los mas vivos deseos de mi corazón. ¿Y dónde está ese hombre? lo preguntó mi amigo. Se volvió á la capital, dijo el cura. ¿Y pensais, lo volvió á decir mi amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado querria venir todavía? No lo dando, respondió, pues lo deseaba mucho. Pues bien, señor cura, conculó mi amigo; escribale que venga, yo señalaré el salario que convenga darle y yo me obligo á hacer que se le dé; que venga, que enseñe á los muchachos de baile, que su obligacion sea instruirles en la doctrina cristiana, en leer, escribir, contar y algo de dibujo y nosotros haremos lo posible para estimular á los padres á que envíen á sus hijos á la escuela.

En efecto, el hombre vino y ha desempeñado completamente el ejercicio de su ministerio. La escuela está muy bien arreglada, los muchachos van todos, mi amigo tomó para esto medidas que te explicaré después. Ahora solo te digo, que todos han aprendido fuera de lo usual alguna cosa de dibujo y algo del canto de la iglesia, que responden muy bien á los oficios, que todos los domingos y



días de fiesta tenemos misas solemnes, que yo soy el que las digo de ordinario, que el cura les hace sermones verdaderamente útiles y devotos, que todo se practica con la mayor unión y reverencia, y que se llenarán de edificación y dulzura celestial si vieras cómo pasamos en la iglesia las mañanas de los días consagrados al culto del Señor.

Después te diré cómo pasamos las tardes; pero ahora para no perder el hilo de la enseñanza pública, te hablaré de las niñas. Mi amigo preguntó qué otra educación se les daba, y este respondió que ninguna, que no había escuela en que aprendiesen, que no tenían mas maestras que sus propias madres, y que siendo estas ignorantes de todo, no podían dárles mejor educación que la que recibían; que en cuanto á la doctrina cristiana él procuraba instruílas; pero que siendo tantas, le era imposible instruir bien á todas; que era una lástima ver la grosería que heredaban las unas de las otras, pues eran pocas las que sabían leer; que esta era la parte mas triste de aquella población, porque las mujeres por su poca habilidad en todo, estaban ociosas á las ocupaciones domésticas y absolutamente privadas de los medios de ganar la vida.

Este retrato fiel allegó mucho á mi amigo y dijo al cura: No habrá medio para remediar esto? Yo lo voy muy difícil, respondió, porque sería menester establecer una escuela, la dotarla y encontrar una mujer capaz de dirigirla. La mujer es lo difícil, volvió á decir mi amigo, porque en cuanto á los gastos de la escuela y su dotación, yo pudiera hacerlos. Oyendo esto, como si un rayo de luz me pasara por delante de los ojos, me acordé de una mujer que yo conocía, y les dije: Yo veo desde aquí una mujer que creo muy capaz de esta confianza. Es una viuda que poco ha perdió á su marido y con él la renta de su empleo. Ha quedado en la última pobreza. Yo la ví en situación muy desconsolada. Sé que ha tenido una educación distinguida y me parece muy superior á lo que necesita una escuela.

Creo que no se pudiera hacer una elección mejor, porque fuera de la instrucción y talento que he dicho, me consta que es prudente, modesta y religiosa, y no me parece imposible que acepte la proposición, porque busca un destino con que poder subsistir. Mi amigo pidió con encarecimiento que la escribiera sin perder un instante. Yo lo hice, la mujer vino y ha puesto una escuela que da gusto verla. Muchas muchachas se han educado y otras se educan. Ya hay muchas que saben la doctrina de la religión con una inteligencia muy superior á la común, que leen y escriben bien, y además han aprendido todas las artes propias de su sexo. Ya no hay padre que no se apresure á enviar á sus hijas, y no podrías figurarte cuánto ha influido esta atención á mejorar las costumbres públicas; ya todas parecen sencillas, decentes y modestas, se distinguen fácilmente las que han estado en la escuela, y esto ha contribuído á derramar entre todas una particular decencia y atención. Después te contaré el destino de estas niñas, cuando acaben el tiempo de su enseñanza.

Mientras nos ocupásemos en estos objetos, habíamos tambien grandes excursiones en el campo y dábamos grandes y útiles paseos. Mi amigo quiso verlo todo y reconocer por sí mismo tanto la extensión y límites de sus propiedades, como el territorio de la comarca, y no daba un paso sin gemir, porque lo hallaba todo en mal estado. No se veía mas que una porción inmensa de tierra críal blan-

dorada; muy poca, esto es, la que estaba mas cerca del lugar, puesta en cultivo, y toda la demás en ayos de la inculca y agreste natural. Ann aquella porción que estaba cultivada, lo estaba de una manera tan superficial y miserable, que no se podía ver sin lástima. La tierra apenas estaba removida, y cuando observásemos los tristes labradores cultivando sus campos, nos daba pena ver sus arados tan pequeños y ligeros, sus animales tan débiles y por consiguiente los surcos muy superficiales.

Muchas veces me dijo mi amigo: Ve aquí por qué esta tierra aunque sea tan fértil como es, no produce mas que cosechas infelices. ¿Cómo puede ser fecunda si está tan poco removida, si se trabaja tan poco y se lo ayuda ó fertiliza menos? y ve aquí tambien la causa primera y mas activa de la pobreza de este pueblo. Todo país en que la agricultura no florece, será siempre desahucado, porque con ella todas las artes se fomentan y adelantan y sin ella todas se debilitan y se pierden.

Mi amigo pensaba seriamente en buscar un remedio á este mal, que es la raíz de todos los males políticos y arrastra consigo la decadencia y la ruina de los imperios; pero no era fiel. Un día me dijo: Yo he hecho reflexiones y me parece que la causa mas inmediata de la flojedad y abandono que observamos en nuestros labradores, procede de dos principios. El primero es su ignorancia: no habiendo visto ni conocido nunca mejor cultura, se imaginan que no hay mas que hacer que lo que ellos hacen. El segundo es su pobreza, no tendrían los medios de ponerla en práctica. La tierra es una madre fecunda y agradecida; pero corresponde á proporcion de lo que se la da y no retribuye sino á medida de lo que se cultiva.

Para vencer estos inconvenientes no veo mas que dos remedios. El primero el del ejemplo; al pueblo se persuade con hechos, no con discursos. Me parece que yo haría bien en destinar una porción de tierra cerca del lugar á la vista de todos y hacerla cultivar bien. Allí podrían ver cómo se cultiva bien una tierra, y mis cosechas, que serán ciertamente muy superiores á las suyas, les harían conocer las ventajas del buen cultivo. Sería muy posible que ellos no cojan nada y que yo coja mucho, y entonces verán la diferencia que hay de una tierra bien cultivada á otra que no lo está. Es natural que así suceda, porque la mayor parte de la pérdida de nuestras cosechas tiene por principio los defectos de nuestro cultivo. Esto me parece demostrable, y para convencerte te pido sigas con atención al raciocinio que voy á hacer.

La experiencia nos hace ver que por lo común las causas porque se pierden las cosechas en España y que tantas veces exponen la nación á la miseria; son cuatro: ó las aguas excesivas del invierno deslían la tierra y destruyen el grano, ó los yelos tardíos que sobrevienen cuando ya están formadas las cañas les cortan la vegetación, ó la falta de lluvias en la primavera deseca las plantas, ó finalmente, los vientos bohemioses que producen los vientos meridionales y que llegan en el momento de la granazón, enjugar el grano, lo diseminan y hacen perder su natural grosor. Me parece que estas son las causas ordinarias de la pérdida ó disminución de las cosechas, y que todo lo demás que puede hacerlas mal es un fenómeno extraordinario de que no debe hacerse caso ni mención.

Supuestos estos hechos, es fácil considerar la diferencia de un buen cultivo al malo y las ventajas de una tierra bien preparada á otra que no lo está. Llamo mal preparada á una tierra que no está labrada mas que superficialmente, porque el arado no ha profundizado, y que por este defecto no ha podido sacar nueva tierra, que esté descanzada y sea productiva, sino que presenta siempore la misma superficie, ya fatigada de haber producido: cuando no se ha dividido la tierra ni pulverizado, sino que se la dejan grandes glebas, que no solo no producen, sino que impiden que produzca la tierra que cubren, y en fin, cuando porque no se ha removido el interior se conserva el fondo duro y queda la simiente superficial expuesta á todos los inconvenientes, que por consiguiente no puede crecer, y si nace no puede tomar consistencia ni robustecerse, porque á causa de la dureza del fondo no puede penetrarle con sus raíces. Lo malo de la tierra bien preparada cuando está labrada profundamente y cuando el arado removiendo el fondo ha sacado otra tierra nueva que presenta una superficie descanzada capaz de producir con nuevo vigor cuando está tan dividida y tan sin glebas que parece pulverizada, y en fin, cuando la labor es bastante profunda para que el grano que se siembra quede enterrado á lo menos cuatro pulgadas, y además el fondo en que cae esté bastante removido para que pueda penetrarlo con sus raíces, vegetar y fertilizarse.

Es evidente que en la primera tierra el grano queda superficial y sobre un fondo duro que no le es fácil penetrar; por consiguiente no puede robustecerse y queda aventurado á todas las intemperias, y que en la segunda está bastante enterrado y defendido, y como enesuenta un fondo blando, puede en poco tiempo echar raíces profundas, penetrarle, fortalecarse y sufrir sin peligro muchas intemperias.

Esto solo basta para demostrar y hacer patentes las causas porque se ve angustiada tantas veces la nación con la falta ó la corteza de las cosechas, pues las encontrarías fácilmente en la pobreza de sus arados y en lo superficial de sus trabajos, recorriendo los principios que hemos dicho ser los que producen estos daños, y hallarías visible que todos se deben atribuir á este defecto de las labores. Si el invierno es excesivo en lluvias, como el suelo de la tierra está duro, se deslían las aguas, forman charcos, el grano que está superficial nada en ellos, se desfla, se pudre, se desbaca; en vez de que si el suelo estuviera removido, las aguas se filtraran, el grano quedara mas arriba y se conservara.

Si los hielos son tardíos secan la caña ya formada y no puede vegetar mas, pero esto nace de que el grano no habiendo podido echar una raíz fuerte y vigorosa porque no ha podido penetrar la tierra, tampoco ha podido criar mas que una arista ó caña débil y somera, que no puede resistir á la impresión del hielo, y por esto al instante se seca y marchita; pero si hubiera podido arraigarse mejor, hubiera producido una caña mas robusta que la hubiera preservado de aquel daño, resistiendo á la rigidez de la intemperia.

Si la sequedad y el ardor de la primavera queman y consumen en poco tiempo las mieses de los campos, es porque la poca agua de las lluvias del invierno que ha podido guardar en su seno una tierra dura, se dispuso muy presto con el calor del sol, y la débil raíz no puede resistir á su

actividad; en vez que si la tierra hubiese estado profundamente removida, hubiera guardado en su fondo mas humedad, y tanto por la mayor fuerza que sus raíces adquirieron como por la mayor frescura que conserva, hubieran aguantado la sequedad, esperando mas tiempo el socorro del cielo.

En fin, si el bohemio enjuga, deseca y consume las plantas, es porque las encuentra débiles, sin vigor ni resistencia; pero las robustas le resistieran mas, porque con la humedad de su pié y la fuerza y lozanía de su caña se defenderían mejor.

Ve aquí las causas porque aunque Dios ha dotado á nuestra España de las mas excelentes tierras de Europa, y tan fecundas que se podría aumentar diez veces mas el número de sus habitantes, se halla tantas veces angustiada, y con los justos temores de no poder sustentar los pocos que tienen son necesarias las mas felices cosechas; y como vistas las vicisitudes de las estaciones, aquellas no son comunes, las cosechas abundantes tambien son raras, y la menor intemperia basta para destruir en un momento los cosechales y las esperanzas de un año.

Vuelvo á decir que es visible que esta miseria nace de la poca atención que se da á la agricultura; y aunque se pudieran alegar otros defectos de ella, como son la mala distribución de las poblaciones, el mal ordenado repartimiento de las tierras y otros que es fácil numerar, es menester reconocer que todos estos males vienen á parar y se remen todos á producir este cultivo ligero, atropellado y superficial, que es la causa mas inmediata y próxima de todos los daños.

Es imposible esperar ninguna especie de prosperidad sin que esto defecto se remedie, porque al fin la agricultura es el primero y mas importante fundamento de la felicidad pública, como que de él depende no solo la vida y la tranquilidad de los hombres, sino tambien el comercio, las artes y todo lo que contribuye á dar fuerzas y respeto á una potencia, y es tambien lo que hace el placer, las delicias y abundancia de sus individuos. Pero el remedio de tantos males no es dado á nuestros esfuerzos; solo puede ponerlos el gobierno. Contentémonos nosotros con procurar á estas pobres gentes el poco bien que está en nuestras manos.

Yo pienso pues cultivar un buen pedazo de tierra, y cultivarla á vista de todos. Nada persuado tanto como el ejemplo y nada convence tanto como la experiencia. Procuraré exhortar á los que tienen voluntad á que me imiten, y si viese que algunos tienen volúntad de hacerlo y que solo lo dejan de hacer porque no pueden, procuraré ayudarlos. Parece que esta idea es simple y fácil, pero no lo es tanto como parece; porque nuestra zorra es á veces tan imperfección, tan mal entendida y tan contraria á la misma prosperidad que se nos ofrece, que ellos mismos ata los brazos de aquellos que con mas honra y buenas intenciones quisieran contribuir á la felicidad de su país.

Observa cómo el término dilatado de este lugar está reducido á un cultivo tan estrecho, que apenas se ven en la labor las tierras inmediatas; pero desde que empiezan á elevarse un poco, ya está todo incluído y abandonado. Yo soy cómplice de este delito, que se pudiera llamar de poca humanidad, pues impido el aumento de la población. Digo que soy cómplice porque una gran parte de estas tierras



son dehesas más; diferentes sujetos tienen otras y nos contentamos con arrendarlas para pastos y por muy corto precio. También hay porciones considerables que se llaman baldíos, y estas aprovechan menos. Todas estas tierras sirven de poco, y el motivo ó pretexto de esta pérdida es el pasto de los ganados; pero estamos tan atascados en este punto, que por nuestra inconsideración ni tenemos cultivo ni pastos.

El origen de este mal es que no sabemos ni estamos acostumbrados á criar los ganados en casa, esto es, á darles de comer de noche en el establo, como se hace con los caballos y mulas. Queremos que el ganado lanar y vacuno sirvan siempre á cuenta de la Providencia, que la economía y la industria del hombre no los ayudan en nada, y que no coman sino lo que la naturaleza les presente en el campo. Para conseguir esto es menester destinar mucha tierra á pocos animales y despojar los lugares de hombres. Con esta conducta es indispensable convertir las poblaciones en desiertos, y por aumentar la cría de los ganados disminuir la población humana.

Pero lo peor es que ni aun esto se logra, porque ese cálculo tan atroz es también falso evidente; que cuanto mas hombres hay, cuanto mas trabajan y cultiven la tierra, tantos mas ganados habrá. Nuestras leyes hechas en tiempo en que la economía pública era desconocida, no tuvieron en consideración estos principios, y así el interés de algunos y la costumbre general la arrastra todo.

Aquí le interrumpí yo diciéndole: He oído y leído que todas las naciones extranjeras sin excepción y sobre todo las que florecen en la agricultura, han introducido una especie de prados artificiales; esto es, plantan una especie de yerbas vivaces, que aunque se corten reproducen y las dan muchas siegas, que las guardan para mantener con ellas el ganado lanar y vacuno en el invierno, y que por este medio, con poca tierra que destinan á la producción de estas yerbas, tienen son qué alimentar muchos mas ganados. He oído también que con mas ganados tienen mas estiércol, pueden beneficiar mejor sus tierras, y con la tierra así beneficiada coje mayores y mas seguras cosechas.

Tú has dicho en pocas palabras, me respondió mi amigo, todo el secreto de la agricultura; y por ese tan encadenado método ya debes advertir que un labrador puede tener con poca tierra mas ganados y mas frutos. Todo depende de entender bien esta economía, que es hija de la reflexión y que está autorizada por la experiencia práctica de las naciones agricultoras. Y ve aquí los principios simples á que todo se puede reducir: no encargarse de una porción inmensa á que no pueden alcanzar las atenciones de un hombre, ceñirse á un terreno moderado, tal que un hombre pueda ver y cultivar bien, aprovechar la labor haciéndola alternar cada año para diversificar los frutos, destinar una pequeña parte para la producción de las yerbas que mantienen los ganados y cuidar de que estas vengán todas las noches al establo, así para que se alimenten como para que dejen allí el estiércol, que es el mas precioso y útil de sus dones.

Yo oí, le respondí, que todo eso sería muy bueno; pero cómo sería posible conseguir eso con labradores que por la mayor parte son muy miserables! ¿cómo podrán tener establos para conducir allí de noche sus ganados, sobre todo si me hablas de los trashumantes, que tienen tantos

y que están tan mal repartidos? Pocos particulares tienen cañanas inmensas y hay... No, me volvió á decir, no hablo ahora de eso. Esto es otro grande mal que tiene otros principios y necesita de otros remedios y otras leyes. Pero este asunto nos forzaría á una gran discusión que nos alejaría de lo que tratamos. Por ahora no te hablo mas de que de los ganados que llaman estantes, esto es, de los que tiene cada labrador para el uso y servicio de su tierra.

Tú dices que cómo los pobres labradores podrán encontrar establos. Yo te digo que tienes razón, pues que no los hay. Te diré mas, que ni ellos ni aun los mas ricos pudieran criar prados artificiales; pero también te diré que esta imposibilidad proviene en parte de nuestra antigua legislación, que tal vez engañada por los interesados, en vez de ayudar á la agricultura la aniquila, en vez de animar al labrador le abate por favorecer al ganadero.

Ya sabes que en todas las provincias hay una especie de hombres que se llaman ganaderos, y son los que orían ó compran y mantienen los que sirven para el abato. Estos son los enemigos públicos, la causa del atraso que padece la agricultura. No pertenecen á la clase de los labradores ni son dignos de nombre tan honroso; son traficantes de carnes, que con una granjería tan útil para ellos como ruinosa para el Estado, sin tener tierras ni labores, se ocupan en criar, vender y mantener ganados, en una palabra, son como los vampiros, que se chupan la sustancia pública.

Su pretexto es abastecer el comun de viandas, y para obtener sus fines han arrancado del gobierno providencias destructoras: unas veces engañando, otras corrompiendo y siempre intimidando al gobierno con la carestía ó dificultad de los consumos, han conseguido todo lo que facilitaba su ruinoso tráfico hasta forzar á las leyes á violar los derechos de los propietarios obligándolos á dejar sus propios dominios abiertos á su voracidad; en fin, han quitado á la agricultura los medios de prosperidad. No solo tienen yerbas y desierta gran parte del campo, sino que impiden que lo poco que se cultiva se cultive bien, pues impiden al labrador lo que el tierra, y con esto hacen imposible la cría y el aumento de los árboles; aunque en el día se han cortado muchos de estos abusos.

[Desdichado del país donde el ganado, que debe ser el amigo y compañero del hombre, está en manos de estos traficantes codiciosos! El verdadero y útil abastecedor es el labrador que vende para el consumo el ganado que ya le ha servido ó el que todavía no le puede servir. Si en España los labradores no están todavía en este caso, es por el mal estado de la labranza; pero en los países en que los labradores por el uso de los prados artificiales les pueden con poca tierra mantener muchos ganados, ellos son también los que mantienen los abatos; y ve aquí lo que sucede.

La tierra está dividida en pequeñas propiedades, cada propietario ó cada arrendador tiene la suya, y en ella todos los ganados que pueden mantener las yerbas que coje en sus prados; pero como cada año sus crias se multiplican y no puede mantenerlas todas, está obligado á vender su sobrante. ¡Y qué hace! Renueva sus bueyes, hace engordar á los que le han servido y están ya cansados, y los vende, reservándose para el trabajo otros nuevos y mas vigorosos.

Como tampoco puede mantener todas las terneras que nacen en su establo, está forzado á venderlas, como tam-

bien los carneros, y reponen su falta con corderos nuevos. Por este modo siempre hay en la circulación del comercio muchas carnes para el consumo. La multitud de los labradores tiene y vende mucho mas de lo que venden ahora los ganaderos, y este proceder produce muchas ventajas, porque fuera de la abundancia y mejor precio que resulta de la concurrencia de tantos vendedores, las crias se multiplican anualmente, la tierra se cultiva sin tropelia y todos los ramos de la agricultura prosperan.

¡Qué lejos estamos nosotros de una economía tan bien entendida y que sin embargo, es casi general en toda Europa! Para ponerla en planta sería menester empezar por dividir las propiedades; puesto que ha dado ya el gobierno la facultad de cerrarlas é impedirlo con sus leyes que nadie debería entrar á devastar las propiedades ajenas, el mismo debería encargarse de dar en todas las provincias el ejemplo de los prados artificiales, exhortar á los grandes y ricos propietarios á que los imiten, excitar á su formación con premios y ventajas á los medianos, y no descuidar hasta que llegue este método hasta los últimos. Todo esto es muy fácil al gobierno, y en poco tiempo puede hacerlo sin mas gasto que el de hacer leyes sabias justas y bien entendidas que indirectamente se dirijan á su logro. La dificultad que me propones de que los establos se ganen; pero esta no es obra de un día, y lo que no se empieza no se acaba.

Aquí le dije yo: Todo esto, amigo, es hermoso y me parece claro; pero ¿qué hacemos con eso? Nuestros discursos no pueden ser mas que especulaciones vanas, ó cuando mas los lamentos de un buen corazón, pues que no podemos remediar nada. Así es, me respondió, y si te lo digo, es porque estas ideas me han conducido á los proyectos que voy á proponerte. Dime, Mariano, ¿no te duele ver este término tan vasto, esta horizonte donde la vista no encuentra un árbol ni una casa, este inmenso terreno que pudiera estar cubierto de lugares, espigas, frutales y jardines; verle, digo, yermo, inculto y abandonado, sin mas destino que el de mantener pocos ganados, que se mantienen mejor en una pequeña porción de tierra bien gobernada? En cuanto á mí, te confieso que esta idea me contrasta.

Pero ¿qué tanto mas nos debe contrastar la consideración de que en las mas de las provincias de España sucede lo mismo; que los lugares están muy lejos los unos de los otros, que apenas se ve sembrada una parte de sus ruidos y que todo lo demás se queda inculto. Un proceder tan absurdo no tiene otro principio que un error de que también los ganaderos son autores. Se deja en cada lugar con nombre de comunas una vasta porción de tierra destinada á pastos. El pretexto es que los vecinos del lugar pueden apacentar sus ganados; el hecho es que solo los aprovechan los ricos ganaderos. Los pobres no tienen ganado, y si alguno lleva su yegua coja, su asno viejo, cuando llega ya no encuentra nada, porque los ricos ganaderos en un día lo han devorado todo. Así no hay provecho para ninguno, y si le hubiera, solo sería para el ganadero, que sin ser labrador vive con esta odiosa granjería.

La verdad es que ni aun ellos mismos pueden disfrutarla, porque al instante que las yerbas desputan, temeroseos unos de otros, se apreturan á meter su ganado, sin dar tiempo á los pastos de crecer, madurar y sazonzarse. Si los

ganados los comen, es cuando aun no pueden dar sustento; pero por la mayor parte los pisan, los atropellan é inutilizan. ¿Cuánto mas ventajoso sería al Estado repartirlos entre labradores, para que cada uno los disfrutara con sosiego y oportunidad? Por lo menos serian mas útiles y sustentarian mas ganados.

Vengamos ahora á las dehesas. Estas son grandes porciones de tierra que los propietarios pudieran cultivar, pero no los cultivan; las arriendan á ganaderos para que pasten sus ganados, y se contentan con un precio muy inferior. Los mas hallan muy cómodo este método, porque sin ningún trabajo ni aplicación encuentran una cierta renta que las mas veces es segura, porque casi todos los ganaderos son ricos. Yo poseo en mi patrimonio muchas dehesas, y en este mismo término tengo muchas considerables; pero hasta ahora he hecho lo mismo que los otros, sin pensar mas que en ver cómo aumentar el precio del arriendo. Era difícil que hablando siempre en la capital, distraído en tantos devaneos, pensara en mejorar mis tierras.

Lo peor es que una gran parte del reino está condenada á este triste abandono, y muchas causas concurren á este daño. La fuerza de la ignorancia es muy poderosa en los hombres ordinarios; así hallaron las cosas cuando las heredaron y así las corten y abandonan sus propiedades heredadas; todo esto unido ó separado es la causa ordinaria de que no haya quien se aplique á mejorarlas.

Todos, pues, se contentan con arrendarlas; el precio del arriendo no puede ser sino muy inferior, si se compara con el valor que pudiera dar el cultivo. La tierra está abandonada á la espontánea producción de las yerbas que cria la naturaleza lánguida, pues está destinada de todo auxilio. Es claro que si se dieran labores los pastos fueran mas abundantes y mejores; también es cierto que si se cultivara para granos, la paja que estos produjeran excedería en mucho la cantidad de pastos naturales, que si se acostumbrara criar ganados á la mano, se alimentara con la misma tierra mucho mas número, y que fuera de esta ventaja se hallaría la de tener muchos frutos para el sustento de los hombres.

Todo esto es claro, cierto y evidente; pero como para lograr estos beneficios sería menester estar allí y aplicarse, y como la mayor parte de los propietarios ó no lo saben ó no lo reflexionan, ó no quieren dejar la ciudad que habitan y los placeres que les divierten, ve aquí por qué no pueden pensar en ello, y ve aquí por qué el mayor esfuerzo de su industria se reduce únicamente á ver si es posible aumentar el precio de su arriendo. Pero como gracias á Dios yo estoy aquí y estoy en estado de emplear mejor las dehesas que poseo, he hecho sobre este objeto muchas reflexiones.

Desde luego he observado que la población de este lugar es numerosa, que si es pobre de fortuna porque hay en su término poco cultivo, es rica de familias, rica de brazos, y esta es la riqueza verdaderamente. Basta saber ponerlos en una actividad bien arreglada para conseguir todos sus bienes. Cuando hay tierras y brazos y no faltan instrumentos, ¿qué



puede faltar á la prosperidad mas que ponerlos en ejercicio? Yo pienso, pues, amigo, sacar las dehesas que poseo de la parálisis en que yacen y ponerlas en cultivo; pienso tambien empezar por las de este lugar. ¡Qué te parece, Mariano, de esto pensamiento?

Yo le respondí que me parecia una operación excelente, pues con ella aumentarías sus rentas y haría vivir muchas familias que trabajaban en ellas. En cuanto al aumento de mis rentas, me respondió, no lo dudo; pero no es mi ánimo el cultivarlas por mí; esto traería inconvenientes. Yo por mí solo no pudiera cultivar tanta tierra. Necesitaria de grandes desembolsos, y después de todo no las cultivaría bien. En nada se verifíca tanto como en la labranza el proverbio de que el que mucho abarca poco aprieta. Es imposible que un hombre solo, por activo que sea y por sus gastos que haga, pueda abarcar una grande extension y que se hagan en ella todas las operaciones con la perfeccion que conviene. En la agricultura no adelanta el que hace mas, sino el que hace bien, y el que cultiva diez fanegas con esmero y cuidado, gana mas que el que cultiva docientos con la ligereza y el atropellamiento que son inevitables en las grandes labranzas.

Así voy á proponerte otra idea. Entre las dehesas que tengo aquí, hay una que está muy cerca del lugar y por eso me parece propia para un ensayo. Digo ensayo, porque antes de hacer un grande la operación que voy á proponer, me parece oportuno hacer una prueba. Si esta sale mal, nos desengañaremos con poca pérdida, y si sale bien entonces será fácil extenderla. Digo, pues, que mi pensamiento es dividir esta dehesa que pasa de mil fanegas, en porciones y suertes iguales de treinta á treinta y cinco fanegas cada una, que harán unas de treinta suertes. Mi proyecto es establecer en ellas otras tantas familias y que cada una la trabaje por sí.

Me parece que esta cabida de treinta y cinco fanegas es la mas proporcionada para un arado, porque si tener demasiada tierra tendrá la suficiente para ocuparlo todo el año. Además, lo que la trabajan tendrán la ventaja de tenerla en un pedazo toda á la vista y con la felicidad de gobernarla bien, y creo que una suerte de estas bien cultivada debe producir lo suficiente para mantener una familia con desahogo.

Desde que las suertes estén divididas y asentadas, yo tomaré una, tú otra y cada uno de mis hijos la suya. Tambien pienso persuadir que tomen una algunas de los vecinos del lugar que tienen algun dinero y no tienen otra tierra, por ejemplo el cirujano y el arquitecto, que está ya resuelto á quedarse con nosotros. Quiero suponer que ganemos á algunos y que empecemos ocho ó diez á dar el ejemplo. Siendo nosotros mas inteligentes y teniendo mas medios, podremos en poco tiempo hacer visibles los frutos de nuestra aplicación.

Yo no daré ninguna de estas suertes al que tiene ya tierra en propiedad, pues el que no cuida la que tiene tampoco cuidará la que yo le reparto, á menos de que la porción que tiene sea tan corta que no baste á mantener á su familia, pero en este caso, si veo que trabaja la que tiene, será una racion para preferirle; pero no al que tenga la suficiente, pues no sería mas que hacerle mas rico, y sería mejor darla al que no tiene ninguna, porque lo que conviene al Estado es, que la tierra se subdivida en moderadas porciones,

que se trabaje por muchas manos y que el número de los pequeños propietarios se multiplique. Así me propongo como ley invariable no dar ninguna suerte al que tendrá diez fanegas propias.

Supuesto pues que nosotros ocupamos las ocho ó diez suertes primeras, me quedarán veinte ó veintidós que repartir. Yo quisiera hacer de esta distribución un objeto de emulación ó premio; pero ahora es imposible, porque todavía no conocen el beneficio. Será pues necesario informarnos de quiénes son los arrendadores de tierras ajenas que no la tienen propia, ó los jornaleros mas aplicados que parezcan de mejores costumbres, que vivan mas honradamente con sus familias y que tengan hijos grandecillos que puedan ayudarlos. Tú me vas á decir: ¿cómo es posible que esos pobres que apenas tienen pan para sus hijos, puedan cultivar una suerte? Yo te responderé: que será preciso que yo les ayude; pero que no es tan difícil, ni tan costoso, ni tan imposible como te parece, y que por otra parte ellos me lo pagarán bien.

Examinemos este punto. Supongo que al principio es menester no solo dársele todo, sino mantenerlos hasta que cojan su primera cosecha. Sin duda que con la tierra debo dárles un arado y dos vacas para que la cultiven; los demás instrumentos de labor, que son poca cosa, cinco ó seis pollas con un gallo para que comiencen la orfa, una puerca, y si quieres, diez ó tres ovejas para que den principio á esta útil procreacion. Si añadas á esto el trigo y los granos para hacer sus primeras sementeras, hemos dicho todo lo que necesitan para establecerse.

Calcula ahora el valor de todo y verás que no es un objeto mayor para un grande propietario que quiere hacer buen uso de sus rentas. Si consideras el bien que le resultará á sí mismo, verás que es colocar su dinero á grande interés. ¡Y qué alma noble no sentirá una grande compenencia si echá los ojos sobre el que resultará á su nacion aumentando el número de los pequeños propietarios, haciendo nuevas tierras en valor, multiplicando los frutos y haciendo el bienestar permanente de tantas familias honradas que se sacan de la miseria! Si consideras esto y otras grandes ventajas que te expondré después, me confesarás que estos gastos son nada comparados con los beneficios, y que el que no los hace cuando puede hacerlos, no hace bien.

Pero para que esta operación sea feliz, para que tomo consistencia y produzca todos los bienes que se esperan, no basta simplemente dárles las tierras; es indispensable dárles con ciertas leyes, cualidades y condiciones, y el acierto de estas depende del logro de la operación. Así, mi intención es dárles la suerte en un arriendo ni en ninguna otra especie de contrato precario y temporal; cederé la tierra plena y absolutamente, transfiriéndoles el dominio útil, esto es, el goce y usufructo de la tierra, sin reservarme otra cosa que el dominio directo ó la propiedad de ella y la parte de frutos que deben obligarse á pagarme.

En virtud de este contrato, no solo ellos, sino tambien sus hijos y nietos hasta la última generacion, estarán seguros de gozarsí sin que yo ni ninguno de mis sucesores pueda despojarlos siempre que cumplan con las condiciones que se han estipulado. Esta condición es el alma de esta empresa, sin ella sería imposible conseguir nada, y además es menester juntar otras que produzcan las ventajas de todos.

Pero antes de explicártelas, permíte que te diga, para tranquilizar mas al colono sobre la seguridad de su posesion, que solo en el caso de haber obtenido yo ó mis sucesores una sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada, declaratoria de que los colonos no han cumplido con las obligaciones que pactaron, podremos volver á entrar en nuestro derecho primordial y quitarles la tierra para darla á otra familia ó hacer de ella el uso que nos parezca.

Veamos ahora cuáles serán estas condiciones. La primera, que el colono pague cada año al propietario la parte de frutos en que se hayan convenido: la segunda, que no puedan vender la tierra ni gravarla con censos; la tercera, que no la abandonen, sino que la cultiven siempre al uso del pago; la cuarta, que no puedan dividir la suerte, sino que pase entera al que la herede, pues si cada familia pudiera partiría entre sus hijos, presto quedaría hecha pedruzcos y reducida á trozos pequeños inútiles para la agricultura. Ya ves que todas estas cuatro condiciones son justas y fáciles; luego veremos las utilidades que traen para todos.

Ahora no me detengo en examinar cuál sea la parte de frutos que convendrá imponer al colono. En esto hay mucha diversidad, porque aunque yo no tenga noticia de contratos de la naturaleza que supongo con tan absoluta enajenacion del dominio útil, sé que hay provincias en que los propietarios arriendan sus tierras á pagar en frutos, esto es, el propietario da la tierra, el colono pone su trabajo, y después de reservar lo necesario para la siembra, parten de lo que queda; pero en esto está la diversidad. Unos exigen el tercio de lo sobrante, otros la mitad, y uno y otro me parece demasiado para mí. Contribucion tan fuerte, aunque está autorizada por el uso, es dictada por el interés, y yo quiero que mi operacion, aunque no olvide del todo mis ventajas, tenga moderacion y lleve consigo el carácter de la beneficencia.

Yo aquí pues cómo he calculado. Si yo en vez del tercio ó de la mitad en que por lo comun se arriendan, me contento con uno de ocho, esto es, que después de haber pagado el diezmo á la Iglesia el colono tome para sí siete partes y á mí no me dé mas que una, me parece, digo, que no me alego de la moderacion que busco. Así lo creo, y después te probaré que no solo habrá hecho mucho bien al colono y al Estado, sino que yo multiplicaré tambien con exceso el valor de mis propiedades.

Volvamos á las condiciones. Solo su contexto la podió hacerle entrever el principio y máximas que me gobiernan y el espíritu que me las dicta. Si les doy la tierra con una enajenacion tan entera, es porque quiero inspirarles confianza y seguridad. Deseo que sepan que ni yo ni mis sucesores podremos despojarlos siempre que satisfagan á las condiciones justas y fáciles que contratan. Esta idea y la seguridad de que los frutos de su aplicacion pasarán á sus hijos y demás descendientes, los harán trabajar con gusto y con celo. Plantarán, fabricarán habitaciones y harán mejoras, lo que no es posible esperar de un hombre que no está seguro de la tierra en que trabaja.

Si limito á treinta y cinco fanegas la extension de la suerte, es porque es la porcion que puede cultivar cada año un arado, porque con esa medida nunca estará ocioso; pero tambien lo es que puede cultivar sin atropellamiento. Y si no quiero que tenga tierra para dos arados, es porque setenta fanegas partidas en dos suertes con dos arados y

dos labradores, producen mas que las mismas con un labrador y dos arados y están mejor gobernadas, y porque el principal interés del Estado es que el número de las familias se aumente, y que no solo los frutos se multipliquen, sino tambien los hombres.

Yo quisiera imponerles la condición de que á lo menos hicieran una choza para que habitasen en ella sus ganados. Esta sería la perfeccion del establecimiento. Son indispensables las rentas que resultan de que el labrador habite en el campo que cultiva. Cuando todos los dias tiene que hacer un viaje de ida y vuelta del lugar al cultivo, pierde mucho tiempo. ¡Cuántos dias pierde tambien cuando el tiempo parece turbado y amenaza! No se atreve á salir, y aunque después se serena, ya es tarde y el dia se ha perdido!

Cuando vive en el lugar pierde el estircol de su ganado, pierde tambien el que pudiera hacer viviendo en su tierra, con las gallinas, palomas, ovejas y los demás animales de su corral. Cuando sale del lugar para ir á la tierra va solo: su mujer nunca va al campo, no adquiere la menor inteligencia y jamás puede ayudarle en nada: se queda en el lugar y malbarata mucho tiempo, porque las haciendas de la casa se acaban presto y se acostumbra á buscar sus vechas, á intrinchar con ellas y abrir las puertas á todos los vicios de la ociosidad. Los hijos le son una carga inútil en la infancia porque no le pueden servir de nada; se quedan en el lugar y se acostumbraban á correr con los otros muchachos y viciarse con ellos.

El mismo labrador desde que acaba sus labores ó concluye su sementera no vuelve á su tierra, principalmente en el invierno, porque no encuentra en ella un abrigo. Es pues preciso que la deje abandonada á la Providencia; y si los caminantes le abren sendas, si la pisan sus sembrados, si las malas yerbas se apoderan de ellos, si los ganados las atropellan, en fin, cualquier daño que se le haga, como no lo ve, tampoco puede impedirlo. Se ve forzado á pasar el invierno en el lugar; ¡y qué puede hacer en tan largo tiempo mas que tratar con los otros, jugar, murmurar y divertirse en la taberna! Yo aquí una de las causas que nos contribuyen á la corrupcion general que se observa, porque es imposible que la ociosidad y el trato de los pervertidos no perviertan las costumbres.

¡Pero qué diferente es la situación de una familia que habita en el campo y en medio de la tierra que cultiva, sobre todo si la mira como propia y como la herencia de sus hijos! Pintate, Mariano, con el espíritu esta imagen, y verás que aunque no quieras te renueva los ejemplos de la vida patriarcal. Ya desde luego no malogra un momento. Como está cerca de su trabajo, desde que amanece hasta que anochece todo lo aprovecha. No hay para él dias inciertos ni perdidos, porque al instante que serena tomo su arado. No solo aprovecha el estircol de su ganado mayor, sino que tambien le añade el de los animales del corral que tiene en el campo y que no pudiera tener en el lugar.

Su mujer después de hacer en breve las cosas haciendas de la casa, queda libre y lo puede ayudar, habitando en el campo con él, se instruye por necesidad en muchas cosas, adquiere el gusto del trabajo y le puede ser útil en cuidar del ganado, en trasportar estircol á la tierra, en plantar sus berries ó legumbres, que son el alivio del campo, y en otras mil fincas que hacen la vida y el alma de la agricult-



tura. Sus hijos desde la primera edad empiezan a servirle; los pequeños conducen el ganado menor, los medianos el mayor, y los mas grandes rompen las matas para pulverizar la tierra, acomodan los focos que dividen la heredad, hacen las demás obras que necesitan fuerza y ayudan á su padre en la labor y en las demás faenas.

Todos son tan guardas y custodios vigilantes y continuos de su heredad para preservarla de todo daño. Nadie se atreve á abrirle un camino ni á pisarle sus sembranzas; impiden que los ganados entren, y si entran los rechazan; en fin, estorban los daños ó los remedian. Si las malas yerbas desputian en sus sembrados, al instante las arrancan y no dan lugar á que se apoderen de la tierra y debiliten la sustancia de los granos. Este cuidado activo é incesante con que las mujeres y los hijos limpian las sembranzas, es el mas útil de todos, y los buenos labradores saben cuánto aumenta y multiplica las cosechas.

También es fácil concebir cuánto esta situación contribuye á preservar y mantener las buenas costumbres. Toda la familia toma el gusto y la inteligencia de los trabajos del campo. Y el padre aislado en su posesión no tiene la frecuente comunicación con los hombres viciosos del lugar, que es la que los corrompe á todos. La distancia le quita la facilidad y la tentación de ir á la taberna. La sucesión de sus trabajos y la esperanza de los frutos le emboscan y fijan allí su corazón.

Su mujer y sus hijos le acompañan y se acomodan. La mujer conserva su inocencia y los hijos se crían con ella. Ocupados toda la semana en su trabajo, el día de fiesta van á la iglesia, cumplen con su obligación de cristianos, oyen la palabra de Dios, se proveen en el mercado de lo que necesitan y vuelven á su rústico albergue á gozar de la paz, tranquilidad y comodidades inocentes. Esta es la almáciga que produce tantos labradores honrados y robustos, y de su sobrante se forman los bravos soldados, los hábiles marineros, los artesanos activos y los industrioses fabricantes. Esta es en fin la madre de donde nacen todas las clases de ciudadanos útiles.

Es pues de la mayor importancia excitar á los labradores á que habiten en sus tierras, y tengo para mí que el mayor y mas digno afán de un gobierno ilustrado, debía ser el promover este objeto con leyes sabias y providencias bien entendidas que no es difícil atinar. Nadie puede dudar que si un Estado se poblara de nuevo, lo mas conveniente, según los conocimientos de agricultura, política y moral, sería distribuir los labradores por toda la superficie de la tierra, de modo que no hubiera una porción mediana que no tuviera sobre sí una casa ocupada por el labrador, su familia y su ganado.

Se desea que cada porción poblada así de casas y familias deseara tuviera en su centro un lugar opuesto de reunión en que habitaran los artesanos necesarios para uso del campo, como herreros, carruajeros, etc., y los fabricantes que pudieran formarse en ellos. Y que además y con la distancia conveniente se encontrasen villas y poblaciones mayores que fuesen depósito del comercio y de manufacturas mas finas que necesitaban de muchas manos y muchas artes. Lo cierto es que por este método toda la tierra estaría bien poblada, bien trabajada, y todos los oficios se darían el auxilio de que respectivamente necesitan.

Si este es tan visiblemente ventajoso, ¿por qué el gobier-

no no contribuirá á que este daño se repare en lo posible? Si la desgracia de las guerras interiores que sufrió la nación con los moros obligó á que por temor de las inopinadas incursiones se abandonase la habitación de los campos y que cada población se reconcentrase en un punto para no ser sorprendida y defenderse mejor; si después la falta de ideas sobre la economía política ha escondido la gravedad de este daño y no ha pensado en remediarlo; no era ya tiempo de pensar en él y curar un mal que mientras existe es imposible que la nación se levante al poder y riqueza á que está proporcional?

Te confieso, amigo, dije yo aquí, que he corrido las mas de las provincias de España, y tierra de Vizcaya y Galicia, de Cataluña y Valencia, en donde al primoroso cultivo se añade una gran industria y actividad, todo lo demás me ha parecido muerto y desanimado. Todo está como dice: los lugares muy separados unos de otros, las inmediaciones únicamente cultivadas, y los espacios inmensos que median entre ellos, incultos y desiertos. Esto me daba en rostro, pero no distinguía entonces todos los inconvenientes que este estado de cosas debe acarrear. Tus reflexiones me hacen conocer que basta ver este aspecto de cosas, la mala distribución de tierras, la mala colocación de los pueblos y el abandono del cultivo para conocer que toda la miseria que padecemos es una consecuencia inevitable.

¿Pero qué remedio á tanto mal? ¿Cómo una obra de tantos siglos, una costumbre tan inveterada puede corregirse! ¿Sería posible á los hombres encontrar un remedio? Sí, amigo, me respondió, el gobierno sin gasto alguno y con pocas y sabias leyes podría corregirlo todo. No ha faltado quien le ha propuesto no solo los medios, sino tambien para facilitarlos mas, una serie de leyes que pudieran remediarlo por entero; leyes por otra parte justas y dulces que no hacían perjuicio á nadie, que eran benéficas para todos y que en poco tiempo hubieran hecho revivir el reino; pero esta es la desgracia de la humanidad, que el torrente de los negocios corrientes se lleva la atención de todos los días y no da lugar á poner en ejecución los mayores proyectos.

Pero no nos detengamos en lo que no podemos remediar, y dejemos lamentos, que como dice, son los suspiros de un hombre de bien. Contráigamos á nuestro asunto, y te vuelvo á decir que convencido de la importancia de que cada labrador viva en su tierra, yo deseara imponerles la obligación de fabricar á lo menos una choca ó barraca en que pudieran abrigarse ellos y sus ganados; porque esto empezaría poco á poco á acostumbrarlos, conocerían prácticamente las ventajas y se esforzarían á mejorar cada día su hacienda y su habitación.

Pero ahora no me atrevo; temo espantarlos: es tanta su miseria y están tan acostumbrados á vivir en los lugares, que esta sola obligación los pudiera arruinar. Me parece pues prudente no insistir en esto á los principios. El tiempo y la experiencia lo podrán conseguir. Y aunque este método será mas lento, es menos aventurado. Por otra parte, como la dehesa que pienso repartir ahora está tan cerca del lugar, no tiene los mismos inconvenientes que las que están mas lejos. Empezaré pues por repartir las suertes sin imponer esta obligación, pero no por eso dejaremos de persuadirlos y excitarlos con el ejemplo, y ve aquí mis cálculos.

Ya contamos con las ocho cosas que nosotros y los veci-

nos fabricaremos. Daremos las demás suertes á los que nos parecían mas capaces de servirlos. Yo les daré los primeros auxilios. Dentro de dos ó tres años veremos si la operación puede ó no prosperar. En cuanto á mí no puedo persuadirme que unos hombres que arrendaban una tierra, la trabajaban y la pagaban, dejen de trabajar cuando se les da una porción de tierra no solo de balde, sino que se les auxilia y que no se exige de ellos mas que la octava parte de lo líquido que le queda.

Digo lo líquido, porque mi intención es que el total de los productos se considere como una masa, que de esta masa se saque desde luego el diezmo que pertenece á la Iglesia y las contribuciones directas que se deben al Estado, en caso que las haya, y que lo restante se distribuya entre nosotros con esta proporción: siete partes al colono para pagarle sus gastos y trabajo, y una sola para mí por el valor de mi tierra. Ya sé que esto es ventajoso al colono que pudiera pagar dos ó tres partes, pero temo que mi ánimo no se hacede el negocio de un traficante, que quiero imprimir á esta operación el carácter de beneficencia, y que es menester ahora alentar á los colonos en un negocio en que no conocen todavía sus grandes ventajas. Pero tambien te vuelvo á decir que esta sola parte me pagará con usuras el precio actual de mis arrendamientos y de los avances que haga.

De aquí á dos ó tres años veremos con claridad si esta operación se acertará ó no. Si no se es acertada, yo no habré perdido mas que los avances, y no se pueden decir perdidos, porque habré mantenido y ocupado muchos pobres. Pero la tierra me queda ya mejorada, porque si se ha trabajado alguna cosa, esto debe haber mejorado sus pastos. Si se acertará, discurre cuáles son y pueden ser las consecuencias que este ejemplo pudiera producir. ¿Qué consuelo para mí mismo ver en poco tiempo mi tierra en labor, haber hecho felices algunas familias, verlas bien establecidas para siempre y haber multiplicado tanto los ganados como los frutos de la tierra!

Estas ventajas, aunque grandes en sí, serán muy inferiores al aliento y esperanza que me dará este acierto para poblar otras muy vastas y lejanas dehesas que poseo, donde hay excelente tierra y en que entonces me será fácil establecer numerosas y felices poblaciones. Entonces y con la experiencia de este logro ya podré exigir condiciones á que ahora no me atrevo. Les podré obligar á habitar su tierra, y abriré la tierra no solo á los vecinos de este lugar, sino á todos los que me pidan suerte, de cualquier país que sean, solo con la condición de que no tengan diez fanegas propias. Y por este medio esta pequeña dehesa que habré poblado me poblará todas las otras.

¿Pero qué digo, amigo! Esta dehesa sola debiera poblar todo el reino; porque ella sola, suponiéndola poblada, debiera abrir los ojos á las villas, á los grandes propietarios, y alentar al gobierno mismo. Puede llegar un día en que yo no tenga mas tierra que dar por haberla dado toda. Y si todos reconocen las ventajas, todos querrán aprovecharlas. Mis colonos solo bastarán para excitar este deseo y presentar una nueva y copiosa almáciga de pobladores. Porque como las suertes no podrán dividirse y que es menester que pasen enteras al heredero en cada familia, pueden quedar dos ó tres hermanos que acostumbrados al campo, no teniendo tierra propia, la desearán, y los padres y hermanos se ofrecerán á ayudarlos.

Entonces no será mucho que las villas convenidas por la experiencia de la utilidad, deseen repartir entre labradores útiles sus casi inútiles baldíos. Y es posible tambien que muchos grandes propietarios, unos por necesidad y amor del bien público y otros por interés, quieran hacer lo mismo y conviertan los inmensos desiertos, que apropiamos tan poco en las vastas dehesas y yermos á que los destinan, en cultivadas, digo, en útiles y productivas poblaciones. El gobierno mismo despertará con el ruido de empresas tan felices y tan superiores á todas. ¿Cuántos bienes habrá producido entonces una pequeña y dichosa dehesa!

Figúrate un momento, para divertir nuestras ideas, que entrase en la nación con algunos ejemplos felices un espíritu general de población, que el gobierno y los particulares se compitiesen en poblar los innumerables desiertos que la afianza, la empobrecen y tienen des poblada, que cada villa, cada propietario y el gobierno mismo repartiessen las tierras de que pueden disponer, entre labradores útiles que no tienen tierra propia, y que los ayudasen por estos ó semejantes medios. ¿Quién puede dudar que en poco tiempo la nación se aumentaría considerablemente! que toda la tierra se vería poblada, habitada y trabajada! que los ganados y los frutos, los hombres y las subsistencias abundarían! Y en fin, que en vez de la miseria y languidez en que hoy quece la nación, se la viera alegre, próspera y poderosa!

No te aflijas con el temor de que en algunos años no hubiera mas tierras que repartir, porque esto sería el colmo de la felicidad. Cuando una nación logra ver todo su territorio bien cultivado, cuando ya no hay un pedazo de tierra que no tenga dos brazos que la sirvan y cuando sobran otros muchos brazos que no tienen tierra en que ocuparse, entonces ha llegado al mas alto punto de prosperidad; porque de estos brazos sobrantes se sirven las artes, las manufacturas, el comercio, las tropas, la marina, la navegación, y esto es lo que hace á las naciones ricas, poderosas y fuertes.

Esta, amigo, puede ser una hermosa novela. El sabio que conoce que toda causa debe producir su efecto, no dudará de que leyes sabias y un gobierno aplicado y bien entendido deban alcanzar á producir estos bienes. Y así lo que importa es que cada uno se instruya y sea es aplico que. Pero como esto no depende de nosotros, dejémoslo á Dios y al tiempo los resultados de mi operación y no pienso mas que en ejecutarla con los medios que el cielo me dispensa. Y ve aquí para resumirlos, lo que pienso hacer en el repartimiento de mis tierras.

Como el fin de que nosotros tenemos una suerte cada uno es para enseñar á los colonos lo que deben hacer en el tiempo, me propongo hacer fabricar desde luego en cada una y en medio de ellas, en cuanto sea posible, una casa pequeña, simple, pero que tenga todo lo que es necesario ó puede ser útil á un labrador; sobre todo, hará hacer un corral grande. Esta es la pieza mas importante, en que habrá abrigo para mis gallinas y pavos, habrá un establo para mis vacas, otro mayor para mis ovejas, no faltará un lugar para mis puercos, ni un grande hoyo ó estercolero para echar á podrir y dejar madurar el estercol de mis ganados. Haré cecear todo el circuito de mi tierra con un foso, para que los ganados sijenos no puedan entrar en ella, y



para su resguardo la haré cercar de haya viva. Esta haya crecerá sobre la tierra que he sacado de los fosos, y también me aprovecharé de ella para guarnecer toda la circunferencia de árboles útiles, como olivos ó moreras.

Cuando ya me vea crecido y seguro de que nadie pueda echar á perder mis trabajos, distribuiré mi tierra en cuatro partes iguales. Destinaré una por entero al cultivo de un prado artificial. Si tuviere agua con que poder regar, lo plantaré de alfalfa; si no tengo agua y el terreno es húmedo, lo plantaré de trébol ó lino, y si fuere seco, débil ó pedregoso, lo plantaré de trigo ó de maíz. Con esta aplicación á las diferentes calidades de tierra, los labradores sabrán que no hay ninguna que no pueda ser útil y criar una especie de pardo. Tendré cuidado de que no hagan los cortes en su tiempo, y estas yerbas me servirán para mantener con ellas mis orugas y vacas en el invierno.

Las otras tres partes las distribuiré en tres pedruzcos iguales y las destinaré para que alternen en sus producciones. Una será para trigo, otra para cañada y otra para legumbres ó granos menudos; pero de la manera que conviene, esto es, alternando y variando cada año su producción. Por ejemplo, la que este año ha producido trigo, el año siguiente la destinaré á cañada; la que estaba de cañada, destinaré para granos menudos ó legumbres, y la que estaba de estos, que la descansado todo el invierno, que ha sido bien arada y que no ha producido mas que legumbres que no la cansan, la destinaré á trigo, y guardará siempre esta alternativa sin interrumpirla jamás. Este es el método que observan los ingenios, que son los mejores labradores de la Europa, y que lo han enseñado á otras naciones bastante ilustradas para conocer que después del estudio de la religión este es el mas digno de los hombres. Ve aquí, Mariano, las ideas que después de algunos dias me hicieron por la cabeza: pero como yo no estoy tan instruido como debiera, no me atrevo á fiar de mi propio juicio. Yo quisiera consultarlos con personas prudentes, y mas con hombres de una razon sana, que me dirijan y aconsejen pero aqui no tengo á quien volver los ojos. Labradores hay, pero son hombres de rutina, que no conocen otros usos que los suyos, que jamás han reflexionado sobre ellos y que cuando se les habla de una cosa nueva de que no tienen idea, se asombran y se ven con desconfianza cuando se les dice: Hombres de esta especie no pueden ser buenos consejeros y no saben mas que poner dificultades y desanimar. ¿Qué te parece á ti, Mariano?

¿Qué quieres que te diga, amigo? le respondí. Nacido en una grande ciudad, criado en ella, no habiendo salido al campo sino con motivo de paseo y habiendo pasado toda mi vida entre mis libros y mi iglesia, no soy capaz de tener ideas sobre este asunto; que me parece de mucha importancia: Desde luego te confieso que tu proyecto me llena y que me parece tan claro como útil; todas tus razones me parecen justas. No has dicho nada que no me parezca lleno de luz y de razon. Repito que no soy capaz de aconsejarte pero dentro de mi forma un juicio que tiene á mis ojos mucha fuerza y es este:

En todos los negocios oscuras y dudosas en que no es posible formar un juicio seguro y asegurado porque dependen de sucesos contingentes, qué es lo que aconseja la prudencia? Que se comparen los riesgos y las consecuencias del trabajo con las ventajas ó provechos del acierto. Si se

gana poco cuando se gana y se puede perder mucho en caso que se pierda, la prudencia nos desuena emprenderlo; pero si en caso de perderse no se puede perder mas que poco y en caso de ganarse se gana mucho, es claro que la razon dicta no detenerse. Si este principio es cierto, tú mismo has decidido tus dudas, porque tú dices: Mi dehesa puede poblar el reino. Me hago cargo de que este es un entusiasmo hijo de tu imaginacion brillante y de tu encendido amor del bien público. No me dejes seducir por él; prescindiendo de todo y no queriendo consultar mas que al dictamen de una razon sana y sobera, ponga á un lado las villas, los propietarios y el gobierno, y no miro en este momento mas que á tí solo.

Ve aquí pues los términos á que me cito. Ologras poblar esta dehesa ó no lo logras. Si la pueblas es natural, es posible que puebles las otras, y en este caso tú piensas aumentar tus rentas; pero cuando esto no sea, es seguro que darás existencia y comodidad á un cierto número de familias pobres, que arrancarán de la ociosidad y de los vicios muchas personas, que multiplicarán los frutos y las subsistencias del lugar, que tú mismo y todos nosotros nos ocuparemos en cosas inocentes, útiles y benéficas. Estos por sí solos ya son grandes bienes.

Pero si no logras tu empresa, si á pesar de todos tus afanos y gastos no se consigue la poblacion, qué es lo que sucede? qué inconvenientes resultarán de esta desgracia? Tú lo has dicho: perderás los avances que hayas hecho y no los perderás todos, porque tú no los harás sino sucesivamente en el tiempo de la oportunidad, mientras dura la esperanza del logro; pero la tierra siempre te quedará mejorada con el tal cual cultivo que haya recibido. Así, la mayor desgracia será que la vuelvas á ver en la necesidad de arrendarla para pastas, y este es el estado que hoy tiene.

¿Y cómo pueden llamarse perdidos los avances que hayas dado á esos colonos, ni los granos con que hayas mantenido sus familias? Pues en las disposiciones en que te veo, si los has mantenido como colonos tambien los hubieras mantenido como necesitados. Veo pues que arriesgas perder poco y que puedes ganar mucho. Desde luego los gastos que hayas hecho en tu suertes y los de tus hijos, así se quedan y te serán útiles. No veo pues que te deba detener cosa alguna.

Como puedo omitir una consideracion superior á todas, y es que cuando la beneficencia se ocupa en desterrar la miseria dando medios de trabajo, es tan útil como puede ser nociva la que solo se ocupa en acallar al importuno ó en socorrer al miserable que pudiera dejarlo de ser. Esfimo mas verte dar cosas socorros á hombres que se dedican al cultivo y trabajan con la idea de establecerse, aunque esto no se logre, que si los dieras á esos mismos hombres que sin actividad ni emulacion no desearan mas que vivir á costa de la piedad ajena. Esta especie de limosnas no hace mas que radicalarlos en los vicios, fomentar su ociosidad y acobarlos de pervertir.

Tienes razon, Mariano, me respondí mi amigo. Solo puedo ser buena la limosna cuando da trabajo al que puede trabajar y socorro al que no puede. Al fin ya te he descubierto una parte de mis ideas; procuráremos madurarlas, y sobre todo, ¡pido á Dios que nos ilumine y dirija nuestros buenos deseos. Esta fué la primera conversacion que

tuvimos sobre este asunto. Después mi amigo confió con muchas personas, y al fin se determinó á emprender la obra. Hizo dividir y marcar su dehesa en suertes iguales y publicó su pensamiento.

Desde que la idea fué conocida, hizo gran sensacion en el pueblo; cada uno hablaba á su manera. Los presumidos de hábiles, porque hablaban de todo aunque de nada entendian, decian que esto era imposible y que jamás se ejecitaria. Los tímidos y avaros decian, que mas valia tener seguro el precio del arriendo, aunque corto pero pagado con fidelidad, que ponerse en manos de pobres que no pagarian nada. Los que no conocian mas que la rutina del campo y creian que la felicidad pública consistia en los ganaderos, decian que si se quitaban los pastos faltarían los ganados. En fin, las opiniones eran varias y absurdas.

Mi amigo despreció dictámenes tan poco ilustrados, y desde que descuartó su idea no pensó mas que en ejecutarla. Ya habia obtenido del arquitecto que trabajaba en la iglesia que se quedase con nosotros, ya habia reconocido su talento, actividad y honradez, y le ofreció muy propio, tanto para emprender las obras que proyectaba como para reparar tantas ruinas. En efecto, nos ha sido muy útil para todo. No solo ha enseñado á los muchachos en una escuela formada para la instruccion de los niños, los principios de arquitectura, de lo que te hablaré después, sino que ha contribuido mucho á reparar y hacer saludables los edificios antiguos y ha animado con su celo y ejemplo al progreso de nuestra poblacion.

Tanto ó como otros tres vecinos acomodados que logran persuadir, tomaron suerte, y estos cuatro unidos á nosotros cuatro, éramos ya ocho colonos, ocho casas y ocho labradores. Quedaban veintidós suertes que distribuir. Al principio no faltaron embarazos; pero todos los venció la constancia de mi amigo, y hoy están todas las suertes pobladas, habitadas y en buen cultivo. Pocos auxilios y mucha emulacion han hecho este milagro.

El método que siguió mi amigo de distribuir su suerte en cuatro partes, segun el orden que me dije, ha sido adoptado por todos. No han cogido hasta ahora mas que cinco cosechas, y ya los mas solo están bien, sino que viven con mucho desahogo. Todos tienen prados artificiales que sustentan sus ganados. Han conocido la facilidad y la importancia de este proceder y todos se han dedicado con celo. Y ahora ven que la misma dehesa mantiene diez veces mas vacas y ovejas que podia mantener antes, y que tambien tienen en su corral las gallinas, los puercos y demás animales que la dehesa no podia tener.

Te daría gusto ver esta asombrosa trasformacion. Aquel pedazo de tierra poco antes muerta, miserable y desmada, es hoy un jardín animado, todo está partido en suertes, y cada una de ellas señala por árboles útiles que empiezan ya á hacer una vida muy agradable, y lo que es mas, todo habilitado. Mi amigo no se engañó en sus esperanzas. No solo se fabricaron las ocho primeras casas con que contábamos, sino que los otros colonos se han alentado. Mi amigo declaró que perduraria tres años de su octava parte á los que al cabo de este tiempo estarían alojados con sus familias en su tierra, y esto junto á la experiencia que han adquirido de las ventajas que les produce vivir junto á su hacienda, le alentó de modo, que hoy todos los colonos y sus ganados están ya á cubierto y los mas han concluido su casa y quedan pocas por concluir.

Por esto se puede decir que mi amigo no recibe sino después de dos años su octava parte, y esta misma exaccion, que siempre es tan dura y desagradable que paga, aquí es justa y se hace con alegría. Porque ve aquí lo que sucede. Como el colono sabe que no solo él, sino sus hijos y toda su posteridad están seguros de la tierra, y que mientras cumplan con las justas y fáciles condiciones á que se han obligado, nadie les puede quitar su posesion, él y toda su familia trabajan con gusto por hacer cuantas mejoras pueden. No solo se fabrican casa y corral, sino allanan la tierra, plantan árboles, conducen las aguas, limpian sus fosos; en fin, hacen cuanto les puede ser útil.

Mi amigo no tiene otra cosa que hacer sino dejarlos obrar. Cuando mas los excita con sus elogios ó los ayuda con sus consejos. Pero va allí las mas de las tardes, porque este es nuestro paseo ordinario, y su noble alma debe gozar mucho de la actividad que ha inspirado y de los beneficios que ha hecho. Tu corazón menos desinteresado que el suyo, tambien pudiera decir: Ve aquí un pueblo que trabaja por mí y para mí, pues después de haber en sus labores el precio de sus fatigas y la justa subsistencia de sus familias, tambien me viene á tributar una parte de sus andares, como un tributo que paga á mi beneficencia paternal. Da efecto, aunque el cultivo no ha llegado aun al punto á que puede llegar, ya la octava parte que mi amigo recoge, excede incomparablemente á lo que la dehesa la produce.

¿Pero quién podrá comparar estos cálculos del interés con las inefabiles grandias del corazón! ¿Con esos placeantes vivos y siempre renacientes de ver santas familias pobres antes miserables, mendigas y viciosas, ser hoy honradas y bienhechas, con un bienestar independiente que cada uno se mejora de dia en dia? ¿Ver tantos hijos por las beneficencias de su propia mano y por haberlos arrancado de la miseria y del vicio para conducidos al bienestar, á la religion y á las buenas costumbres? ¡Ah! si puede haber en la tierra felicidad sólida y verdadera, yo no conozco ninguna que pueda igualar á esta.

En efecto, el color de los derechos, que en todas partes es avaro y produce pleitos y disensiones, aquí se hace con tranquilidad y alegría. Los mismos acreedores van de ordinario á requerir al colono cuando para pagar necesitan de adelantarse, y en fin, siempre se le concede. Pero aquí no puede suceder esto, porque no se le va á pedir la octava parte, sino cuando tiene su cosecha junta. Y después de separar las cargas comunes, como son diezmos y contribuciones, se parte lo restante con distribution tan favorable al colono, que por cada parte que da se reserva siete.

No puede haber en esto pleito, porque la parte de cada cual está sujeta á medida, y si alguno de los dueños se queja, basta medir para asegurarse de la verdad. Tampoco cuesta pena al colono dar lo que debe, porque sabe que si da una parte guarda para sí siete. Así todo se hace no solo con paz y concordia, sino con alegría. Muchos dicen: yo quisiera pagar mucho mas, porque cuanto mas pagara, me quedara sich veces tanto.

Si á estas inefabiles satisfacciones del corazón quisieran juntar las consideraciones políticas, discurrir, Antonio, lo que sería España si cada lugar tuviera un vecino como este, si las ciudades quisieran reflexionar sobre estos hechos y si el gobierno penetrado de estas ventajas tomara



disposiciones para que en cada término se hiciera otro tanto. ¡Cuánta sería su riqueza propia y cuánta fuera la pública prosperidad! Si en cinco años experimentamos aquí tantas ventajas, discurra lo que sería España al cabo de diez.

Nosotros no estamos todavía más que á los principios; pero á vista de esta experiencia, no dudo que de aquí á otros cinco años todo el terreno se halle poblado, habitado y cultivado. En efecto, desde el tercero las ventajas fueron tan visibles, la alegría y el bienestar de los nuevos colonos tan patentes, que ya las demás familias del lugar, aquellas mismas que al principio oyeron la idea con desden y no quisieron tomar parte, ya decían que era menester que mi amigo hiciese repartir por el mismo método una dehesa muy grande que tiene á tres leguas, en que hay tierra excelente y un arroyo que pudiera regar una parte considerable de ella.

No solo clamaban por este reparto los vecinos de este lugar, sino muchos de los pueblos comarcanos. Algunos de ellos no podían ni ganados ni instrumentos, diciendo que los tenían propios y que solo pedían la tierra. Cuando mi amigo conoció que este deseo era vivo y que había muchos pretendientes, mandó dividir la dehesa en suertes, de manera que cada una tuviera una parte de regadío; pero declaró que estando aquella dehesa tan distante del lugar, era menester que cada colono empezase por fabricar una choza ó cortina, aunque no fuera más que de ramaje, para guardar su ganado, y que se obligasen á construir en el espacio de tres años una casa á su gusto, pero bastante sólida, para habitar en ella con su familia.

Añadió que para facilitarles esta construcción, les oedaría por tres años los frutos de su octava parte, y además prometió facilitarles en medio de la dehesa una iglesia decente; que se les pondría un cura y un maestro de escuela con todo lo demás necesario, para que en ningún caso se viesen obligados á venir al lugar, que solicitaría que se aplicase una parte de los nuevos diezmos, tanto para la manutención del cura, como de los demás sirvientes y auxiliares para el servicio de la iglesia; de modo que estarían exentos de toda contribución en esta parte; que así no se les exigiría ninguna retribución por nada de lo perteneciente al pasto espiritual, como bautismos, cementerios y entierros, pues ministros bien dotados harían todo gratuitamente.

Muchos se enfriaron oyendo que era menester abandonar el lugar y confinarse desde luego en la tierra; pero mi amigo decía: hombres que prefieren las conversaciones, el juego y la taberna del lugar á la útil comodidad de servir y cuidar de la tierra con que sustenten su familia, aman demasiado la ociosidad y sus vicios. Poco se pierden en perderlos. Pero hubo otros que lo aceptaron; y habrá año y medio que se empezó con ellos esta segunda población. Lo que puedo decirte es, que ya están trabajando en ella ochenta y tres familias, entre las que se repartió aquella dehesa; y que ya todas las suertes están llenas y habitadas por los colonos y sus ganados, que el cultivo está en toda actividad, que muchas casas están empezadas, que la iglesia está á medio hacer, y que no dudo que antes de tres años esté terminada esta empresa, y que sea también una población feliz.

Pero no es esto solo; porque ya se empieza también á

hablar de otra grande dehesa que le queda á mi amigo, y muchos dicen que por qué no se repartan los baldíos. Los buenos efectos de esta primera población han destruido las desconfianzas, han vencido todas las preocupaciones, y ya no se habla más que de poblar, de dar tierras, de meterlas en labor y establecer familias. Esto será ya muy fácil en adelante, no solo porque han conocido con la experiencia las ventajas, sino porque las mismas poblaciones hechas dan un medio seguro de hacer otras con ventajas de todas. Voy á explicarte esto.

Muchos de los padres tienen dos ó tres hijos que les ayudan á trabajar en su suerte y ponerla corriente. Desde que lo esté y que no les quede más que el trabajo sucesivo y ordinario del año, no necesitan de tantos brazos. Cada uno podrá gobernar su suerte solo, ó cuando más ayudado por el hijo que la ha de heredar. Como el padre no puede dividir su suerte y que esta debe pasar entera al heredero, ¿qué puedo hacer sino solicitar que se reparta otra nueva á estos hijos que le han servido y no puede acomodar en su suerte? Así lo hacen, y ya vemos que los que han acabado de arreglar su suerte, no solo piden que se les dé una nueva á estos hijos, sino que se obligan á mantenerlos ellos mismos, á darles dos veces de las muchas que ya tienen, la simiente que necesitan, y á ayudarlos en sus trabajos, hasta dejarlos corrientes y establecidos.

De manera que ya sin gasto y sin más esfuerzo que el de medir las suertes y dar la tierra, cada población hecha puede, desenvolviéndose, duplicarse ó triplicarse, y de aquí puedes inferir con qué facilidad pudiera poblarse toda España, pues aunque las primeras poblaciones que se hicieran padieran costar algunas dificultades y gastos, ellas mismas facilitarían que en adelante se hicieran otras con mucho menos gastos y dificultades. No costaría más que repartir tierras, pues no es dudoso que estos padres ya bienestantes, que no pueden acomodar en sus suertes más que un hijo, solicitarían nueva tierra para sus segundos ó terceros hijos, ó para sus yernos, obligándose ellos á mantenerlos y habilitarlos.

Ve aquí cómo las mismas poblaciones serían una almeja subsistente de hombres y un fondo principio de otra sucesiva no interrumpida reproducción. Esto es lo que ya empieza á experimentarse aquí, y tengo por cierto que en poco tiempo todo este término quedará poblado y cultivado. Dentro de poco faltarán tierras y sobrarán pobladores. Quiera el cielo que un ejemplo tan útil no sea estéril, y que se verifique lo que decía riendo mi amigo, que su dehesa había de poblar toda la nación. Yo también me reía entonces; pero en verdad que ahora no me río, y empiezo á esperar, porque es menester estar muy ciego para no ver tanta luz.

No creas tampoco que mi amigo haya puesto sus atenciones solo en el campo; en el lugar también demuestra á cada paso su actividad, su inteligencia y amor del bien. Todo se ha transformado. Este pueblo que te causó tanto horror, este conjunto de habitaciones ruinosas, húmedas, profundas y malsanas, estas calles sucias, asquerosas y llenas de barro ya no presentan el horroroso y desagradable aspecto en que las viste. Mi amigo, alentado á unos, prestando á otros y auxiliando á los más, ha hecho acomodar casi todas las casas y blanquearlas, ha hecho también levantar los suelos, para que estando más altos

que la calle, no puedan entrar en ellos las aguas llovorinas y se preserven de la humedad. Ha hecho que en vez de las estrechas ventanas por donde apenas entraba la luz, se rasgaren otras espaciosas por donde el aire circule con libertad. En fin, ha hecho que los mismos vecinos arreglen y tengan empedradas las calles dando corriente á las aguas, de modo que hoy todo el lugar está seco y sano, y sus casas, lejos de parecer como antes, receptáculos de bestias, parecen hoy habitaciones de racionales.

Todo esto sería poco si no hubiera contribuido y logrado una gran reforma y mejora en las costumbres públicas y domésticas. Su celo en esta parte ha sido tan activo y tan feliz, que... (pero dónde me iba á meter!) (Qué asunto tan fecundo!) y ya mi carta es demasiado larga. Permite-me, pues, que la interrumpa aquí y que lo reserve para otra. Adios, Antonio mio.

## CARTA XXXVIII.

MARIANO A ANTONIO.

Amigo mio: Hasta ahora no he podido hablarte más que de las mejoras exteriores de casas, calles y suertes. En mi última te prometí hablar de las interiores, esto es, de lo que ha hecho mi amigo para desterrar la ociosidad y la inercia, para excitar la industria, promover las artes y reformar las costumbres. Estos bienes que son tan grandes y que parecen tan difíciles, se han logrado por los medios que voy á referirte.

Una mañana pocos días después de mi llegada vino el cura y trajo á mi amigo una lista de más de doscientas familias, entre quienes había distribuido el dinero que le había dado para repartir entre pobres. Y añadió que aunque la cantidad era considerable, el número de los necesitados era tal y las necesidades tan continuas, que se había consumido sin haber podido satisfacerlas todas. Mi amigo dijo que le había de dar otra cantidad igual para que la volviese á repartir de nuevo.

Yo dije que no aprobaba esta conducta; que me parecía que esta manera de hacer limosna en vez de hacer bien produciría muchos males, y que con ella mi amigo lejos de remediar el lugar acabaría de perderle y arruinarle; que las familias pobres, que eran entonces doscientas, dentro de tres meses serian cuatrocientas, y al fin del año lo serian casi todas; que esta era una verdad infalible acreditada por la experiencia, porque el hombre es naturalmente pereoso y holgazán, que jamás trabaja sino aguijoneado por la necesidad, y cuando puede vivir sin trabajar no trabaja para vivir.

Señores, les añadí, en un país en que ni el gobierno ni las costumbres han sabido imprimir un carácter de infamia y deshonra á la ociosidad, su preferido vivir sin hacer nada á costa de la caridad ajena, y cuando vean que vos día dinero á los que piden, todos os pedirán y abandonarán el trabajo. Con esto lo que conseguiréis es acabar de arruinar las pocas artes que haya, hareis que dejen toda ocupación honesta y laboriosa y aumentareis la embriaguez

con los demás vicios, compañeros inseparables de la ociosidad.

Si queréis hacer limosnas útiles y bien entendidas, proponed medios con que puedan ganar su pan y producir obras provechosas. Estableced manufacturas groseras y comunes de que sean capaces y que les proporcionen los medios de subsistir produciendo efectos que sirvan á otros, y en fin, obedeced al genio de la naturaleza, que no quiere que el hombre se aproveche de sus dones sino cuando los sabe arrancar de su seno y cuando la fuerza á producirlos. Obedeced también á la ley divina que ha condenado al hombre á azumar su pan con el sudor de la frente.

Aquí, señor, me respondió el cura, todos esos principios son impracticables. No hay en que ganar la vida, los jornaleros mismos apenas pueden encontrar trabajo, sobre todo en lo que se llama tiempo muerto, y en que es menester contar casi todo el invierno. Para las infelices mujeres que pueden ganar un cuarter, algunas pocas se destinan á servir, y esta es toda su salida; y fuera de que es grande su ignorancia, hija de su crianza infeliz, no hay aquí personas que los ocupen en nada.

Ve aquí pues, lo volví yo á decir, los males que se deben remediar y que no se remedian con esas limosnas mal entendidas, antes sí se aumentan. Si mi amigo quiere hacer limosnas bien hechas que sean provechosas al pobre, útiles al Estado y agradables á Dios, que disponga y prepare ocupaciones en que todos puedan ganar su jornal. La tierra ofrece muchos medios para emplear los brazos robustos. Las artes no presentan menos para ocupar los débiles, y si todavía sobran brazos, las manufacturas los emplean sin límites. No hay en el mundo población tan numerosa que pueda bastar para llenar todo lo que estos medios remediados pueden comprender.

Mi amigo desea poblar una parte de sus tierras, quiere construir algunos edificios y cooperar á que las casas del In-